

ANTONIO MENGES

EL MAR DE NITALUNA

LUCERNARIO

WWW.LUCERNARIO.ORG

Í n d i c e

<i>DEDICATORIA</i>	2
EL MAR DE NITALUNA	3
EL MAR DE LA VENTANA	4
VECINDAD	5
EN TU LUZ	8
POR AMOR DE LO ALTO	9
LA FLOR DE LA ALEGRÍA	10
LA LIMPIEZA POR LA MAÑANA	11

DEDICATORIA

*Estos poemas fueron escritos
durante la enfermedad de Nitaluna,
una constelación de dieciséis años.*

*A ella, elegida por el dios alado,
los ofrece AM con devoción por
su luz invariable.*

EL MAR DE NITALUNA

Cómo retratarte entre raudales de blancura

ulula esta media tarde de primavera
—una bocina lejana y los piores,
las alabanzas de suave sed verde
y nubes todo azul lavado, desvaído—,

tu mano es un regato silencioso en mi mano,
su calor está en calma, sin ondas, sin reflejos,
tu rostro emboza una gran ola blanca,
las sábanas acogen un cuerpo de sirena,

tu pelo esparcido es agua de madera,
suena el reloj, pasa un auto, en la ventana
una pequeña hoja sube y mira el cristal:
se ha encadenado Ulises a tu vera,

qué le importa su barca, qué le importan las barcas,
no hay mares en el mundo como los de tu cama,
no hay mayor desafío que tu aura de enferma,
no hay traición mayor que tu bulto postrado,

ni belleza más fiel en el conjunto.

EL MAR DE LA VENTANA

Hay otro mar al sesgo, en alto, tan alto
que mira cual si nada cómo será la vida
aquí en el cuarto, en tierra, en isla soleada,
con el mar de tu luz dentro a salvo;

a veces a tu mente vienen a jugar nubes,
otras el cielo escampa con risa azul de vidrio
y tus dientes irisan una flor lis de viento,
palomas transparentes, o mi pasión soluble

y él es, el mar de la ventana —en tu reflejo—
lista su centelleo por gracia veneciana,
requiebros flotantes y puentes de silencio,
laminando los pasos cromáticos del aire y él

es, el que casi dormidos trae otros horizontes
y los deja sin ruido a los pies de tu queja,
besando la pequeña cordillera blanca de tus dedos,
abrazando tu cuerpo de sirena extranjera.

VECINDAD

El hombre silencioso
mitad día, mitad noche
dispone a tus pies su extraño encanto.

Las gemelas desde lejos,
atropellándose palabras,
reflejan hacia ti su don.

La mujer llena te sonrío,
conoce el nieto la blandura
de almohada de sus senos.

Y la rosa en la ventana quiere dar
toda su roja fuerza
y en ello morir.

Y los peluches, cuya vigilia
cuchicheante sólo tú conoces,

guardan entre tinieblas
la misteriosa vecindad.

SOLILOQUIO DEL SENTIDO

I

Una hora es igual a cualquier hora,
del día o de la noche equivalente;
dilapida tus ojos en su crisis,
ahíto de oración, oh Esperanzado;

teje hilos de seda o de cinabrio,
febril por el entorno inasequible;
busca el ala en la sed de laberinto—
ni la lluvia ni el mito te acompañan:

sólo las sombras de la memoria,
con el poder mortal, el tiempo tenso,
abren tus manos hacia el cuerpo
que quisieras sanar, en un instante.

II

Y puede que te sonría el azar
un día y creas que la oración valió:
pero no es suficiente, como dijo
Arseni —el padre— la dulce plenitud

de ese verano. Otro día, otra noche
verás crecer el piélago en tu voz:
será amargo izar vela sumergido,
equilibrar el remo destrozado.

III

No depende de ti el paso oscuro
ni la clara radiación esplendente.
La letra desvaída de las cábalas
se borra hacia el alef impronunciable.

Haz la palabra esférica, torcida
hacia su adentro, desmembrada.
Y sopla suavemente en su interior.
Aléjate disimulado por la senda.

Que el tiempo no la oiga deslizarse
allí donde más quieres, débil cenit,
allí donde reúne el canto raudo
la pasión de las briznas de hierba.

EN TU LUZ

Hay otra vida en tu luz
nada más verla
en esos ojos del todo conscientes
por la suspensión del habla,

que en toda la noche
sólo son

y afuera siguen para que vea
la senda ilimitada,
sin voz
de la conciencia.

POR AMOR DE LO ALTO

Hermana, de las aguas surgimos
por amor de lo alto:
como las crespas olas—
ojos, pulmón e hígado.

Tu carne de mi carne,
tu agua de mi agua,
el agua del que beben nuestros muertos.

Tal vez de mí naciste,
pero eso ahora no importa:

el tiempo coincidente
nos hace girar juntos
en el mismo remanso:

como las ondas

fieles
por amor de lo alto.

LA FLOR DE LA ALEGRÍA

Cuando tus ojos puedan contemplar la galaxia

de la alegría multiplicada
sobre la mesa de la cocina,

en esta noche a tientas de blancura,

sabrás por qué hablaba abierto
tu espacio clausurado,

donde las estrellas tiemblan

por un cielorraso
para la vida.

LA LIMPIEZA POR LA MAÑANA

El largo tiempo de la salud
y la eternidad de la muerte
se desprenden como pájaros del sueño del sentido,

rige pavesas en flor
el tiempo ardiente del mundo;

y a la hora de conjurar el mundo
el nombre es un sonido y no una cifra,
la hora resonancia circulante,
el orto de su espacio indiscernible;

a la hora de asir el corazón del mundo
sucede la limpieza sin un signo
de todo cuanto somos y sabemos,
se diluyen la urgencia y el propósito,
la mañana da fe y se oyen pasos,
ruido de carros, empapadores, toallas,
puertas que hacen sitio a las corrientes,
corrientes que abren puertas sin tacto,
conversaciones banales en voz alta

y el silencio, vibrante en cada pasillo
acalla, aturdiendo;

y nos obliga
a dejar que los vestidos se humedezcan

desvaneciéndose filtrados bajo el sol,
a que las brisas limpiadoras nos alejen
más allá del cuarto y de los cuerpos,
más allá de la idea de horizonte,
más lejos que la vejez y que la muerte:
donde la luz termina, —

no somos de la luz
en la igualdad de la ausencia;

el mundo está aquí mismo, pero afuera:
no aguarda al tiempo;

y nos obliga
a no aguardarle, a salir, a solas,

el hospital se ramifica allá en lo alto
de nuestra corona entre el aroma a limpio
y nulidades de sombra asilvestrada
y en su espléndida incoherencia
fulgura un sólo instante una mirada
que es la nuestra: el mundo
se hace nuestra debilidad y fortaleza,
nuestra victoria y nuestra pérdida,
nuestro destino y nuestro origen.

Luchamos contra un fuego de sombras.

Luchamos con un fuego de sombras.

El largo tiempo de la salud
y la eternidad de la muerte
nada significan para el tiempo ardiente del mundo.

® Para uso privado únicamente. Prohibida la reproducción mediante cualquier medio sin consentimiento expreso del autor.

Dirección de contacto: alcalis@lucernario.org